

Junto al río, bajo los árboles, ya se nota el frescor otoñal. Sin chaqueta se pondría a tiritar, pero ha sentido la pulsión de ir una vez más, sola, sin Judith, que estudia de la mañana a la noche y sueña con el próximo verano, cuando espera que todos se reúnan allí: Dora con el doctor y Judith con Dios sabe quién, tal vez para entonces haya encontrado a un hombre del que no se separe.

Durante un rato, Dora simplemente está allí, pensando en él, palpa su última carta en el bolsillo de la falda, el telegrama en el que de verdad le anuncia que viene. Se acerca el mediodía, probablemente ya lleve un rato sentado en el tren, solo en un compartimento, aunque ha escrito que viaja con Ottla. No sigue pensando. Lo importante es que venga. Dora nota cómo empieza a ilusionarse de una manera nueva, reflexiva, como tras aprobar un examen por los pelos. Durante los últimos días apenas lo había sentido, pero ahora vuelve a tenerlo cerca. Por la noche ha soñado que el tren sufría un accidente. Ella lo buscaba al borde de un talud donde yacían varias figuras inertes cubiertas con mantas, como si se congelaran, pero él no se encontraba entre ellas.

Está sentada en la cocina imaginándose qué les dirá, el saludo, cómo ellos lo escrutan con la mirada. Si de verdad lo quieren, piensa Dora, sabrán que los va a abandonar, por la noche, sentados a la mesa, cuando él empiece a mentirles. Si estuviese a su lado, todo sería más fácil, cree ella. ¿O sería justo al revés, mucho más difícil?

Judith dice: Por favor, tiene cuarenta años, seguro que lo superan. ¿No has dicho que tiene cuarenta?

Es su penúltima noche, Judith ha conseguido una botella de vino y parece relajada. Ha subestimado la materia que tiene que estudiar, además preferiría no dejar que se marchara Dora y sigue hablando del próximo verano, también tienen que quedar en Berlín si tu doctor te lo permite. ¿Vas a vivir con él? ¿Desde el principio? De eso curiosamente no han hablado, Dora no lo sabe, solo tienen una habitación, además, tal vez sea difícil compartir a diario tan poco espacio, aunque no hay nada en el mundo que ella desee más.

La noche del sábado al domingo apenas logra dormir. Unas veces se imagina ante sí el telegrama con el que él cancela el viaje, otras no tiene la menor duda. También le preocupa el dinero. Judith le ha dicho que ella se encarga de pagar el billete, no seas tonta, solo es dinero y sus padres lo tienen a espuestas.

Por la mañana, durante el desayuno, Dora cree tener la certeza de que él va camino de Berlín. Ha anunciado que dará señales en cuanto llegue, en algún momento de la tarde. Judith no deja de prevenirla. Ten paciencia, le dice. Cae la tarde, anochece, ni una sola señal. ¿Por qué no lo llamas? A Dora no se le había ocurrido. Podría lla-

marlo, tiene un número de teléfono, Hans se lo había mandado semanas atrás. Solo unas frases, así se quedaría tranquila.

Sin embargo, él ya le ha dicho lo mucho que detesta los teléfonos.

No se trataría de saber los detalles, le bastaría con oír su voz, su respiración, muy lejos, al otro extremo de la línea, algún zumbido que le dijera que están conectados, nada más.

De pronto, el penúltimo día Hans se presenta en la puerta. Dora acaba de salir al jardín trasero a tender la colada, por eso no se da cuenta a la primera, sino solo después, cuando se agacha ligeramente y ve a alguien de pie, en el césped. Es, en efecto, Hans, que hacía días le había escrito que iría a buscarla y, al no obtener respuesta, simplemente se había plantado allí. ¿Hans? Bueno, bien, dice Dora. Espera. Ahora mismo termino. Hans se muestra apesadumbrado y observa cómo ella tiende un último par de calcetines; lleva un pantalón lleno de manchas y una camisa no muy limpia.

Dora sabe de inmediato que ha llegado el momento de justificarse, que él viene a recogerla para hablar de los viejos asuntos de Berlín, pero ella no quiere hacerlo ahí, en el jardín. Propone dar un pequeño paseo, lo conduce hasta la iglesia y continúan hacia el río, una zona que ella misma desconoce. Hans no dice gran cosa. Va trotando a su lado, quiere saber cómo le va y no tiene nada en contra cuando Dora sugiere que se sienten en un tronco cercano a la orilla, donde por fin hablan, no demasiado, casi como una pareja, como si ella se lo debiera. Dora le da

las gracias por la habitación, también el doctor le estaba muy agradecido, se encuentra desde ayer en Berlín. Ella le cuenta más o menos lo que ha sucedido, le dice que lo siente, que el plan consiste en esto y lo otro, seguro que la mayor parte de cosas ya las había adivinado. Vas a vivir con él, pregunta Hans, a lo que ella responde: Eso me gustaría. Él me importa mucho.

Cuando vuelven, comienza a atardecer. Hans le ha hablado largamente de su trabajo en el puerto, que solo es provisional, pero es mejor que nada. Ayuda a alijar la carga, transporta cajas pesadas, sacos y toneles. Cuando por la noche recibe la paga, debe apresurarse para que le den algo por ese dinero, pues ya a la semana siguiente es papel mojado. También durante la cena hablan mucho de Berlín, Judith ha comprado todo tipo de cosas para la despedida y les dan más de las dos.

Así que este ha sido nuestro verano, dice Judith y resume todo lo que hay que decir del pobre tontorrón de Hans, que duerme en el sofá de la planta de abajo y que ha acabado bastante borracho. Sí, es una pena, dice Judith, creo que ya te estoy echando de menos aunque el tren no salga hasta mañana. La hora de salida y de llegada están en un telegrama que ha recibido a mediodía. Pone: Quedo con Max y luego te recojo a las 18 horas 42 minutos. En un primer momento ella ha pensado que por qué tan tarde, pero luego casi se alegra de que se vean de noche, pues ambos se asustarán y se preguntarán si siguen siendo lo que fueron en Müritz.

Cuando entran en la estación, Dora ha olvidado a Hans. El tren avanza bastante rápido y no se reconoce

gran cosa, pero después, cuando frena, ella distingue las primeras siluetas, dos, tres carros para el equipaje, parejas, hombres que se agachan a coger las maletas, un niño sobre los hombros de su padre. Van sentados en el último tercio del tren, por eso no es de extrañar que ella no lo encuentre a la primera, de hecho está muy tranquila, espera en la puerta a que se bajen los viajeros que tiene delante y finalmente se halla en el andén, pero sigue sin verlo. A Hans ya no le presta ninguna atención. Gira a la izquierda hacia la salida y solo entonces lo ve, bastante lejos, a primera vista parece más delgado aún, no del todo extraño. Ella le hace una señal y él se la devuelve, sonríe, titubea, se le aproxima unos pasos. ¿De verdad titubea? No, eso es después y casi en el mismo momento en el que ella está delante de él y no sabe cómo saludarlo, no lo toca del todo, solo le roza el hombro con la cabeza. ¿Llevas mucho tiempo esperando? Él niega con la cabeza, el tren había llegado casi al minuto, y en ese momento se da cuenta de que ella está acompañada. Hans ha bajado el equipaje al andén. Este es Hans, dice ella sin mirar a Hans y deseando añadir que no tiene importancia. Hans es solo un Hans cualquiera, un amigo, ni siquiera eso, alguien que la ha acompañado. *Herr Doktor*, dice Hans, es un placer. Le estrecha la mano a modo de saludo así como de despedida, pues apenas lo ha hecho da media vuelta y se dirige al metro.

Dora sería incapaz de expresar qué había esperado. Franz, dice. Deja que te vea, responde él, luego asiente, así que aquí estamos. Ella se siente bastante insegura, pero él enseguida la abraza en mitad del andén, mientras a izquierda y derecha los últimos pasajeros se abren paso hacia la salida. Por fin, dice él, tomemos un taxi. Ya en el

coche, él vuelve a repetir: Por fin, deja que te vea, como si se acordara de repente; también comenta algo sobre la habitación, es muy bonita, pero temía que fuese su ruina.

Dora no recuerda cuándo fue la última vez que había ido en taxi. Aún deben esperar unos minutos, pero enseguida se ponen en marcha, el conductor maldice por haber tomado el camino que atraviesa Potsdamer Platz, maldice a media Potsdamer Strasse hasta que el tráfico va disminuyendo poco a poco. Aparecen las primeras villas con jardín y llegan a Friedenau, más adelante se ve el ayuntamiento de Steglitz, ya están. Dora no le ha soltado la mano en todo el rato. No es capaz de decir gran cosa, además ahora les toca a otros: sus manos, las arterias que palpitan suavemente. Sus dedos hablan. Tomaos vuestro tiempo. Eso es lo más maravilloso, que por fin tienen tiempo, por lo pronto, ella solo necesita su mano. ¿Ya han llegado? Ni siquiera se ha dado cuenta de que él ha abierto el portón, tampoco ha prestado atención a la calle, y ahora ya están allí, frente a esa puerta.

Dora casi ha olvidado cómo se hace, pero ahora susurran. Él le abre la puerta y lo primero que ella ve es un pasillo corto y oscuro. No necesita más, cuántas veces ha soñado con ese momento. Aquí estoy, susurra ella. Oye, le dice. Al final le había resultado casi insoportable, pero ahora ya no.

Primero lo toca todo para acostumbrarse: las cochambrosas cortinas, los cojines del sofá, los muebles, durante un buen rato el piano que, lamentablemente, vendrán a recoger uno de esos días. Examina la estufa y el armario, se sienta al escritorio. Entra en la cocina y abre y cierra el

grifo. De esto no me di cuenta ayer, dice, mira, aquí, hay hasta un cascanueces, cazos, sartenes, todo lo que uno pueda desear.

El día anterior se quedaron una eternidad en ese extraño pasillo, como si ese hubiera sido su destino desde hacía semanas, él y ella con el abrigo puesto, en esos escasos metros cuadrados. Dora se había pasado media noche pensando: Ahora me dirá que me marche, en cuanto hayamos cenado, cuando ya no me lo espere.

Se había marchado muy tarde, pero ahora, a la mañana siguiente, ya vuelve a estar ahí. Desayunan juntos, van a hacer la compra y se muestran dichosos, atolondrados, pero con cautela. Se ríen de la cantidad de ceros que figura en los billetes, se olvidan de la mitad de las cosas y tienen que volver. Él le cuenta lo sucedido en casa de sus padres la última noche, que tuvo que ser horrible, hasta el último momento no supo si viajaría o no.

Con todo, él se muestra muy precavido. Más consigo mismo que con ella, esa es la impresión de Dora, pues con ella, en realidad, no debería ser así. Ella sigue sin estar en su casa, pero eso le gusta, intenta creerse lo que está viendo: lo ve sentado al escritorio, muy cerca de ella, y no se lo puede creer.

La segunda tarde reciben la visita de Emmy. Dora no está segura de que le guste esa mujer tan nerviosa, ha anunciado que llegaría a las cinco, pero luego ha llegado más de media hora tarde y sin aliento, como si hubiese hecho todo el camino corriendo. Acababa de salir de un ensayo, siempre llegaba tarde, si no, que le preguntaran a Max. Después se pone a hablar largamente de Max, fuente de su

felicidad y de sus desvelos, qué terrible es cuando se marcha, no termina de acostumbrarse, a ella se le cae el mundo encima cada vez. Max, por supuesto, les manda saludos a los dos, les dice, él y el doctor habían estado hacía poco en el Café Josty. ¿Conoce el Josty? Dora solo lo conoce de oídas. ¿Dónde está?, pregunta Emmy, entonces Dora también se sorprende. Hasta hace un momento él estaba escribiendo, pero cuando cambian de cuarto se lo encuentran dormido en el sofá, con la cara mirando a la pared y las piernas medio encogidas para caber entero, sin moverse lo más mínimo.